

LA OBRA DEL OBISPO MARTINEZ COMPAÑÓN (*)

por Carlos Vega

El obispo Martínez Compañón fue un intelectual característico de las vanguardias afrancesadas de España en su tiempo, y su obra —débil y distante resonancia de Diderot y D'Alembert— singular en América colonial. Pero el hecho de que los filósofos de la Enciclopedia alcanzaran memorables realizaciones no nos obliga a exigir fruto proporcional a este vivaz y solitario clérigo, capaz de todo, menos de crear la diligencia, la idoneidad y el amor a la ciencia en quienes no los tenían de consuno. Y si como español eludió las direcciones tradicionales para adscribirse a las corrientes dominantes, como intelectual en las Indias resultó eminente americanista, y acentuó de este modo la grandeza de la Iglesia española.

En cabal sincronía y consonancia con los más elevados espíritus europeos de su tiempo, el obispo Compañón acometió una empresa superior a su enorme actividad, a sus medios y aún a su propia capacidad de coordinación. Fue, además, un español de su momento. Su infancia y su adolescencia recogen los beneficios del gran renacimiento de las ciencias, las artes, las letras y la filosofía que se extiende desde comienzos del siglo; los siente durante su juventud en España y por su alto estímulo se mueve en América. No ignora, sin duda, las viejas cédulas reales que promueven las ciencias naturales y encarecen el envío a España de "piedras, animales, plantas, yerbas, frutas", etc.; pero él supera por su cuenta las mayores exigencias de los monarcas. En la remota Villa de Trujillo, fuera de las rutas del mundo, debió sentirse desterrado; sin embargo, no es-

tuvo solo en el Perú. Altas inquietudes impregnaban el ambiente y hasta el virrey don Francisco Gil, amigo eminente del talento y de la sensibilidad, lo visitó una vez y le dijo palabras de admiración y alabanza.

Los sentimientos e ideas que animaron su comportamiento frente al mundo peruano circundante y, en particular, ante el indio menesteroso de amor y comprensión, nos lo revelan notablemente anticipado. Júzguese. Le escribe al Secretario de Estado con respecto a una colección de piezas "del tiempo de la Gentilidad" que envía a Madrid, y le pide que la presenten al rey y, después, al príncipe de Asturias. . . "para su entretenimiento y diversión, y que insensiblemente y con gusto pueda irse aficionando al estudio y conocimiento de las artes, civilidad y cultura de los Indios del Perú, anteriores a su conquista". . . Esto le dijo el obispo al dignatario de Palacio. Nada nos muestra mejor su calidad.

El doctor don Baltasar Jaime Compañón y Bujanda nació en el año 1735 en la villa de Cabredo, obispado de Calahorra (Navarra), de don Mateo Martínez Compañón y doña María Martínez de Bujanda. Puntual alumno, estudió filosofía en el Convento de la Merced de Calatayud, leyes y cánones en Huesca, y se graduó en Oñate de Bachiller, Licenciado y Doctor en Cánones. Antes y después se distinguió en varias oposiciones. Fue catedrático y rector del Colegio de *Sancti-Spiritus* y de la Universidad. Se ordenó sacerdote en 1761 y así empieza su brillante carrera eclesiástica.

* Este artículo corresponde a la primera parte de la obra inédita de Carlos Vega "Música Popular Peruana del Siglo XVIII. La Colección del Obispo Martínez Compañón". El total de la obra consta de tres partes: la primera es la que se incluye en este número; las restantes corresponden respectivamente, a la presentación de los textos y transcripción y análisis de las piezas musicales.

Los estudios que realizara Carlos Vega de la parte musical siguen los criterios ya especificados en su Fraseología y, según los presenta en este trabajo, su publicación debería ir acompañada por las reproducciones fotográficas de los originales (las que obran en este Instituto y una de las cuales se incluye en este número).

A mediados del año 1959 Carlos Vega consideró terminada la obra y pronta para su publicación, según se desprende de los párrafos siguientes extraídos de la correspondencia que mantuvo el autor con el musicólogo uruguayo Lauro Ayestarán:

"...He casi terminado mi libro *Música Popular Peruana del siglo XVIII*; 20 tonadas, cachuas, tristes, estilos, etc. que recogió un obispo, y que fotocopié y reescribí (salvo varias que son ilegibles). Estaban en Madrid". (12 jun. 1958).

"... Ya entregué a la editorial Nova, y está en galeras, mi libro "*La Ciencia del Folklore*" (...), tengo listo para entregar "*Música Popular [Peruana] del siglo XVIII*". (23 jun. 1959).

En 1765 se inician los episodios que modifican el curso de su vida: el rey lo nombró "para la Dignidad de Chantre de la Iglesia Metropolitana de Lima" —dice la relación de sus méritos— y en 1767 "se le despachó la respectiva Real Presentación". Martínez Compañón se embarca rumbo al Perú y en 1768 arraiga en América para siempre.

No se distinguió menos en América que en España. Desempeñó numerosos cargos cada vez mayores y se destacó por su bondad y su cultura. Muchos años después, cuando el *Mercurio Peruano* (t.XI, p.3) publicó en Lima la carta con que el obispo dedicó al rey su mapa de Trujillo, un preámbulo editorial trazó brevemente su semblanza: "...renovamos la preciosa memoria de un Personaje ilustre que vivió entre nosotros por tantos años, siempre con aquél ayre de suavidad y dulzura que le hicieron tan amable a todo este Pueblo, a quien edificaba su arreglada conducta y admiraba su selecta erudición."⁽¹⁾ Tal fue la impresión que dejó en Lima a quienes lo trataron en la década 1768-1778.

Nombrado al cabo obispo de Trujillo, "comenzó a regir la diócesis en 13 de Mayo de 1779" —dice Domínguez Bordona⁽²⁾— y el general Manuel de Mendiburu escribe que recorrió el área de sus dominios eclesiásticos "en los años 1782 a 1785 demarcando el mismo la situación de todos los lugares según fue recorriendo con esmero cada provincia"⁽³⁾. En memorial de 1796, que un sobrino suyo dirige al rey, se lee este párrafo confirmatorio y eficaz: "...visitó a su costa todo su obispado, penetrando por selvas y malezas, jamás acaso pisadas por sus antecesores; predicó en todas partes, e hizo resonar la voz del Evangelio en las más escondidas montañas"... y mucho más hizo; incluso... "recogió en la visita muchos materiales para componer la Historia del Obispado de Trujillo, que tiene escrita"... "a cuya publicación no le permiten por ahora dedicarse las obligaciones de su Ministerio ni el estado de su salud".

Más de diez años luchó desde su asiento episcopal: fundó 20 pueblos y trasladó 17; construyó 54 escuelas, 39 iglesias, 6 seminarios y 4 casas de educación para indios; hizo 180 leguas de caminos y 16 leguas de acequias e introdujo o incrementó la siembra de diversos cereales, etc. Además, formó una magnífica colección arqueológica y la envió a Madrid, donde se conserva hasta hoy. Sin embargo, no le acompañó

la salud; que es "débil" la suya, dice en carta de 1790, y acaso nunca la tuvo robusta. Era más bien bajo, delgado, enjuto, y tal vez padeció insospechable desendocrinia. (Calumnia póstuma del autor).

En 1788 mereció el Arzobispado de Santa Fe de Bogotá, pero siguió en Trujillo un año y nueve meses largos. El 30 de junio de 1790 se puso en marcha hacia el norte con sus gruesos tomos y sus colecciones. Ya en Cartagena, sobre el mar de las Antillas, envía a España buena parte de los materiales, y arriba por fin a su nueva sede el 12 de marzo de 1791. Aquí renovó su actividad de Trujillo. Hizo tales y tantas obras piadosas y fue tan certero en sus juicios y servicial en su alternar, que se granjeó alto aprecio del virrey, de la nobleza y del pueblo. Una anécdota que cuenta Groot nos muestra la originalidad y eficacia de su oportuna severidad: un cura convicto de escándalo cayó a los pies del pontífice llorando y pidiendo castigo y perdón. "A Dios es al que usted ha ofendido, y yo voy a pedirle para usted el perdón" —le dijo el prelado—, y desnudándose las espaldas empezó a azotarse con una disciplina, mientras, en escena de brutal dramatismo, clamaba y se retorció y se castigaba también el culpable arrepentido⁽⁴⁾.

El arzobispo quería volver a España; muchos años llevaba pensando en la vuelta. Pero la tierra de América, el escenario en que cobró notable altura su eminente capacidad de organizador, esperaba con larga paciencia el término de sus males. El buen clérigo sentía la proximidad de la muerte. En 1795 el apoderado solicita al rey su traslado a una diócesis de España, y un sobrino dirige igual súplica al monarca en 1796. El 17 de agosto de 1797, resignado a perder la luz de su Navarra y habiendo tomado las disposiciones postreras —entre ellas un tierno legado a la iglesia de su pueblo natal—, muere en Santa Fe de Bogotá, "entre lágrimas y sollozos de innumerales pobres"⁽⁵⁾, aquel vivaz prelado intelectual de "arregladas costumbres" y "suave genio", único en empresas, implacable en tesón. El historiador José Manuel Groot anota que "fue uno de los hombres más laboriosos que se hayan visto"⁽⁶⁾ y Ballesteros Gaibrois, al examinar su obra, lo considera "hombre de un talento [sic] notable y de singulares dotes de gobierno"⁽⁷⁾. Le debemos, entre muchas cosas, la primera colección de música popular peruana con treinta y seis láminas sobre danzantes y músicos, y por

(1) *Mercurio peruano. De historia, literatura y noticias públicas*, Lima, t. XI, p. 2, 1794.

(2) Jesús Domínguez Bordona, *Trujillo del Perú a fines del siglo XVIII. Dibujos y acuarelas que mandó hacer el obispo D. Baltasar Jaime Martínez Compañón*, Madrid, 1936, p. 4.

(3) Manuel de Mendiburu, *Diccionario histórico-biográfico del Perú*, Lima, 1874-1890, t. II, p. 404.

(4) José Manuel Groot, *Historia eclesiástica y civil del Nuevo Reino de Granada*, Bogotá, 3ª edición, 1953, t. II, p. 408.

(5) Groot, *Historia...*, t. II, p. 409.

(6) Groot, *Historia...*, t. II, p. 349.

(7) Manuel Ballesteros Gaibrois, "Un manuscrito colonial del siglo XVIII". (*Journal de la Société des Americanistes*, n.s., t. XXVII, fasc. 1, p.146, 1935).

eso, en alto la claridad de sus viejos papeles, vuelve ahora su nombre ilustre y necesario.

Nueve gruesos tomos con más de mil trecientas láminas, sin texto, constituyen el legado del obispo que la Biblioteca Real de Madrid atesora con celo y orgullo. No es difícil suponer —y varios eruditos lo suponen— que las láminas de estos volúmenes son las ilustraciones de un *corpus* grande o pequeño de reseñas o explicaciones. Han discrepado los historiadores modernos. Algunos piensan que no existió; otros que inconcluso; o concluido y extraviado. Es cierto —escribe Luis Ulloa en 1936— que el obispo reunió documentos para una obra perdida o no totalmente redactada⁽⁸⁾; y el mismo año anota Domínguez Bordona que cree en la existencia “de estudios y descripciones, por desgracia no conocidos”⁽⁹⁾. Importa que nos detengamos en este punto para una valoración cabal de aquel notable ensayo.

Don Marcos Jiménez de la Espada dijo en 1881 que las láminas eran ilustraciones de una Historia “cuyo texto se ha perdido”⁽¹⁰⁾. El general Manuel de Mendiburu, que empezó a escribir su *Diccionario* allá por 1860, nos da interesantes detalles sobre la obra del obispo. “Trabajó mucho —anota— en escribir la descripción del país, sus climas, sus productos de todo género, riquezas y valores de sus frutos, con otros abundantes y curiosos datos estadísticos”. Y agrega: “En un interesante informe que remitió al rey acerca de las cosas notables y adelantos hechos en el Obispado de Trujillo, trata del animal carbuncho”... etc. y detalla las obras que realizó. Después añade datos que, al parecer, obtiene de la correspondencia: “Hizo dilatados apuntamientos para formar una historia general del obispado, obra para la cual dijo Compañón necesitar de salud y de tiempo, que no tenía”⁽¹¹⁾. No obstante todo, don José Manuel Groot —que escribe voluminosa *Historia* al promediar el siglo pasado—, recuerda un *corpus* de actos y providencias del obispo que se conserva en el archivo del virreinato, pero ignora su “historia” y sus láminas; y esto es sorprendente porque dicho autor se funda en la oración fúnebre con que un religioso despidió sus restos en Bogotá.

Años después de la muerte del arzobispo, hacia

1803-1804, un pariente suyo, don Fausto Sodupe, entregó al virrey manuscritos, planos y demás papeles que dejó el arzobispo. Domínguez Bordona no publicó el texto, sino breves noticias sobre los documentos inéditos en que se habla de este episodio. A falta de más precisos datos —que sin duda no están en esas cartas— supongo que entonces se entregaron al virrey los nueve tomos y que en seguida fueron enviados a España. “Se habla en estos documentos, además —anota Domínguez Bordona— de los nueve tomos de dibujos, de los índices y noticias pertenecientes a los objetos de historia natural remitidos en 1788, y de los apuntamientos sueltos para la historia general de Trujillo que Compañón no llegó a escribir —siguen palabras textuales de un documento— *por su extenuada salud y sus continuas tareas y cuidados*”. En fin, confiesa el familiar Sodupe, según palabras de Bordona, “que el Arzobispo le encomendó la ordenación de sus papeles y redacción definitiva de la obra, pero se confiesa, por escasez de medios materiales, imposibilitado para tan ardua empresa”⁽¹²⁾.

No se trataba, pues, “de extender las razones que faltan para la inteligencia y explicación de algunas de las estampas”, como decía el obispo⁽¹³⁾, sino de la coordinación y definitiva redacción de apuntes que, ampliados en un volumen de historia (natural y cultural) habrían complementado los nueve tomos de láminas y contenido informaciones independientes. Para “extender” unas pocas leyendas y nada más, sobraban tres de los “cuatro meses” que calculaba el obispo.

Pocos años antes, en 1798, una parienta española pide licencia para que José Antonio de Loredo, hijo suyo, vuelva a España por razones de salud y a fin de que haga entrega, de acuerdo con la última voluntad del prelado, “de diferentes producciones y preciosidades”. Y a esta altura contamos con el testimonio de un religioso naturalista coetáneo. El R.P. Manuel Sobreviela, que estuvo en el Perú entre 1791 y 1794, reconoce que al estudiar la fauna de Trujillo utilizó “la preciosa obra del Arzobispo”... “este digno prelado que unía a un celo verdaderamente apostólico el gusto por las observaciones filosóficas sobre los tres reinos de la Naturaleza”⁽¹⁴⁾.

(7) Manuel Ballesteros Gaibrois, “Un manuscrito colonial del siglo XVIII,” (*Journal de la société des américanistes*, n.s., t. XXVII, fasc. 1, p. 146, 1935).

(8) Luis Ulloa, (*Nota en que rectifica a Ballesteros Gaibrois*, en la sección *Mélanges et Nouvelles Américanistes*). (*Journal de la Société des Américanistes*, n.s., t. XXVIII, fasc. 1, p. 255, 1936). Traducción del autor.

(9) Domínguez Bordona, *Trujillo del Perú* ..., p. 6.

(10) Marcos Jiménez de la Espada, “Colección de ya-

rvales quiteños”. (*Congreso internacional de americanistas*, Actas de la cuarta sesión, Madrid, 1883, p. 162.)

(11) Mendiburu, *Diccionario* ..., T. II, p. 404.

(12) Presumiblemente, Domínguez Bordona escribe estas líneas en su obra “Manuscritos de América” (*Catálogo de la Biblioteca de Palacio*, t. IX, Madrid, 1935), que no ha podido ser consultada por los revisores de este trabajo.

(13) Cfr. *infra*, p. 10.

(14) Manuel Sobreviela, *Voyages au Pérou faits dans les années 1791 à 1794 par les PP. Manuel Sobreviela et Narciso y Barceló ... publiées à*

Tales palabras no pueden referirse sólo a los dibujos, pero, en rigor, no está dicho si ese gusto era puramente oral o si las observaciones estaban escritas.

Ya hemos llegado a los tiempos en que vivía el obispo y, afortunadamente, nos es dado contar y sopesar las palabras esclarecedoras del protagonista mismo. Nada mejor. Leamos con atención la carta fechada el 13 de diciembre de 1790 que el propio obispo envió desde Cartagena (Colombia) a Madrid para el Secretario de Estado don Antonio Porlier. En ella habla el autor de los nueve tomos y del celo con que vigiló la exactitud de las reproducciones gráficas; se refiere a seis cajones de vasos y otros materiales que remite a Palacio y enhebra el siguiente párrafo con respecto a un séptimo cajón de piezas especiales:

"pero correspondiendo todas las dichas piezas a uno de los nueve tomos de la historia natural y moral de aquel obispado por estampas, estados y planos, en cuarto de papel de marca maior, que tengo ya enquadernados, me ha paresido conbeniente diferir la remisión de dicho caxón hasta que pueda hacer la de dicho tomo, para que, cotejadas dichas piezas y estampas, se bean la conformidad y perfecta semejanza entre unas y otras". . .

Era prolijo el obispo, y quería que lo comprobasen los demás. En otro párrafo de la misma carta se refiere a las personas o corporaciones que han revisado y reconocido la obra: el intendente de Trujillo y su asesor, los cabildos eclesiástico y secular, principales ministros de la real hacienda y otros, de Trujillo; y además el propio Virrey don Francisco Gil de Taboada cuando pasó por dicha ciudad. (Por este detalle sabemos que el Virrey vió los tomos hacia marzo de 1790). Añade:

"Y todos, y especialmente dicho Virrey, la han aprobado con elogios muy singulares en todas sus partes manifestándome los más vivos deseos de que quanto antes acabe de extender las razones que faltan para la inteligencia y explicación de algunas de las estampas, y que extendidas, las dirija sin demora a las Reales manos de S.M., por considerar que su Real ánimo quede muy complacido de ver una tal obra".

A continuación dice el obispo que desde el planteo inicial de su obra —aún cuando no tenga el mérito que le atribuyen— creyó que era "poco vulgar y común", "en quanto a su extensión, distribución de partes y método", y que, publicada, podría estimular la composición de otras en los demás obispados o provincias para una "historia general cumplida y perfecta". Agrega:

"Y aunque así por esto como por el trabajo que me ha costado, desearía poder poner la última mano a dicha obra con la más posible brevedad; pero mi débil salud, y las atenciones y fatigas que necesariamente me ha de traer un Arzobispado tan dilatado y tan nuevo para mí como el de Santa Fee, me hacen prudentemente rezelar que pueda retardarse por largo tiempo la conclusión de un trabajo que en otras circunstancias descansadamente podría evaquar en quatro meses. Sin embargo, yo haré lo que pueda para acabarla cuanto antes, y si el Señor me concediere esta satisfacción la remitiré luego a V.E. para que se digne ponerla a los Reales Pies de S.M.."

Esto escribió Martínez Compañón en 1790. No cuenta más de 55 años, pero tiene quebrantada la salud y es pesimista. Ahora sabemos en qué consiste una parte, al menos, del texto que falta. Las ilustraciones carecen de leyendas; el número de folio remite al índice y el índice cumple parcamente. He aquí algunos ejemplos de la forma en que se identifican las láminas, extraídos de entre los más cortos y los más largos del índice mismo:

Batán
Yndio texiendó
Español a Cavallo
Negros tocando Marimba y bailando
Indios de las Montañas de Lamas con trage ordinario

Es claro que no bastaba con esto. Por eso dice el obispo que quienes vieron la obra le expresaron sus deseos de que "acabe de extender las razones que faltan para la inteligencia y explicación de algunas de las estampas".

Todavía quedan otras palabras de Martínez Compañón, las más antiguas, las primeras, sobre el *corpus* ausente. Cuando terminó la visita a su diócesis, el obispo reunió los mapas seccionales e hizo un plano general de Trujillo que ofreció al rey en carta del 1° de octubre de 1786. Dice: "Por los mismos principios y causas, y con las mismas miras que esta carta, tengo hechos algunos apuntamientos para formar una historia general de este Obispado, o unas memorias a lo menos que puedan servir para ella; pero esta obra para ordenarla como yo deseo y la tengo delineada, pide salud más robusta que la que de algún tiempo a esta parte desfruto, y menos ocupaciones y cuidados". . . "tengo formada una colección, y otra de antigüedades". . . —añade más adelante—; pero, cosa sorprendente, no dice una sola palabra sobre los dibujos. Esto hace sospechar que la parte gráfica se inició después de 1786, cosa que parece poco probable, sin embargo.

Nos ha dicho el autor que su obra podría servir de estímulo para que otras personas "se dedican a escribir cada una la historia de una Provincia."

Escribir. El pensó en concluir la suya— tal y como la hubiere concebido— pero ya vemos que nunca llegó a darle "la última mano". Significativamente llamó a sus láminas "la historia natural y moral", título de la obra del Padre Joseph de Acosta, como observa muy bien Luis Ulloa⁽¹⁵⁾. Si los "apuntamientos" iniciales, acrecentados luego, formaron parte orgánica de la obra, se puede hablar de una *corpus* que acaso no fue a España y que no aparece en América, por ahora.

No hay dudas, pues, de que existieron las notas. Y es tan cierto, que a base de su contenido se publicaron notables textos en vida del obispo.

Don José Ignacio Lecuanda, sobrino del prelado—según se afirma—fue contador, tesorero y contador real en Trujillo entre 1782 y 1790. Este joven, seguramente español, debió pasar a Sud América y moverse aquí por indicación e influencia del obispo, pues aparece en el distante Trujillo un par de años después de la ascensión del tío y, en 1790, mientras éste realiza su largo viaje a Bogotá, toma el camino opuesto y empieza a figurar en Lima, donde pronto se nos presenta como Contador de la Real Aduana. Es decir que su estada en Trujillo coincide con la del obispo e incluso es posible que haya vivido en el palacio episcopal. En febrero de 1791 se imprime su nombre en la primera lista de suscriptores del *Mercurio Peruano* y poco después se inician sus colaboraciones en esta publicación limeña.

Los escritos de Lecuanda son una versión personal del texto que corresponde a los viajes y a las láminas del obispo. Incluso se publican casi en el mismo orden en que se realizaron las visitas pastorales. No todos los artículos de Lecuanda tienen idéntica capitulación, pero siempre su plan es exhaustivo. Son excelentes trabajos en buena prosa. Se dividen en secciones que contienen noticias históricas y geográficas, población, animales, árboles, yerbas y demás vegetales, sepulcros y tesoros, escondidos de los indios y otras antigüedades, agricultura, industria, comercio. No faltan referencias a los trajes, al carácter y al aspecto de los habitantes, a los frutos europeos y a otros detalles. La prosa corre sin vuelo posible, pero en algunos momentos el autor se desencadena con brillo. Leamos un párrafo de la descripción de Chachapoyas:

"Esta grande extensión de tierras despobladas y desiertas, rodeadas de cordilleras y de enmarañados montes, es el quadro más hermoso en donde la naturaleza ostenta sus pri-

mores multiplicando los contrastes. Aquí el tigre audaz hace resonar las selvas con sus bramidos, destroza los ganados, e insulta al bravo león, y al oso furibundo: allí la *Guan-gana* o javalí, el venado, y otras muchas fieras son la presa del ciento pies y de las volantes vívoras que acaban con sus vidas, y las de los racionales que transitan: allí aparecen las marimondas, y los monos negros y blancos", etc.⁽¹⁶⁾

Quien lea estas descripciones y examine las láminas reconocerá que son recíprocamente complementarias; que un mismo espíritu las anima, y que coinciden en el tiempo y en la referencia a lugares rarisísimamente visitados. He aquí las descripciones trujillanas que publicó José Ignacio Lecuanda en el *Mercurio Peruano*.

1. "Descripción corográfica de la provincia de Chachapoyas", agosto 2 y 5 de 1792, tomo V, pp. 214 y 222. Sin firma. (El Índice añade el seudónimo *Sofronio*, que es el de Millán de Aguirre, por error.) (Dos números).
2. "Descripción geográfica de la ciudad y partido de Trujillo. Por Don Joseph Ignacio Lecuanda." Mayo 16 a junio 9 de 1793, tomo VIII, pp. 36 a 92. (Ocho números).
3. "Descripción geográfica del Partido de Piura, perteneciente a la Intendencia de Trujillo. Por Don Joseph Ignacio Lecuanda, Contador Interino de la Real Aduana de Lima." Julio 11 a agosto 4 de 1793, tomo VIII, pp. 167 a 223. (Seis números).
4. "Descripción del Partido de Saña o Lambayeque. Por Don Joseph Ignacio Lecuanda, Contador de la Real Aduana de Lima." Setiembre 26 a octubre 6 de 1793, tomo IX, pp. 54-83. (Cuatro números).
5. "Descripción geográfica del Partido de Caxamarca en la Intendencia de Trujillo. Por Don Joseph Ignacio Lecuanda. Contador de la Real Aduana." Marzo 13 y 30 de 1794, tomo X, pp. 167 a 214. (Seis números).

Más de doscientas páginas en total; un buen tomo.

Parece evidente —por lo que veremos— que don José Ignacio Lecuanda acompañó al tío en esos viajes infernales, pero, si alguna vez dice haber visto algo personalmente, jamás se refiere a posibles excursiones con el obispo. Nombra a su tío cuando lo tiene que nombrar, sin mezquindad ni adulación, con sobriedad y justeza, y habla de sus obras pías a su tiempo y en su lugar. Una vez, cuando describe al animal llamado "carbunclo",

(15) Ulloa, (*Nota ...*), p. 255, n 1.

(16) José Ignacio Lecuanda, "Descripción corográfi-

ca de la provincia de Chachapoyas." (*Mercurio peruano*, t. V, p. 221, agosto 1792).

menciona a quienes lo han tratado antes y en particular, a la "autoridad más respetable", "el sabio especulativo" Martínez Compañón, que "en su prolixa vista trató mucho, y dió más extensa idea de este animal"⁽¹⁷⁾. Es decir, que habla del prelado como de un investigador independiente.

Pues bien; según Luis Ulloa⁽¹⁸⁾, don José Ignacio Lecuanda, el sobrino, fue acusado de plagiar las descripciones provinciales del obispo; y contestó que él ayudó a su tío en las búsquedas y que no ocultaba la procedencia de los informes que utilizaba para sus descripciones. Debemos creer, entonces, que el sobrino Lecuanda ayudó al obispo a tomar los apuntes, como se ha dicho, y no tengo dudas de que los utilizó y de que la redacción de las páginas publicadas es obra suya exclusiva. Sin embargo, otro familiar del obispo, don Fausto Sodupe, dice en fecha muy posterior —como hemos visto— que Compañón le encomendó la redacción definitiva de la obra, pero que carecía de medios materiales para hacerla. En conclusión, salimos en busca de un posible *corpus* y ahora resulta que hay dos. Los apuntes que no pudo redactar el pariente han desaparecido. (Hace algún tiempo se dio la noticia del hallazgo de papeles trujillanos y yo hice averiguaciones sin resultados). Los otros apuntes, probablemente los primitivos borradores que conservó Lecuanda en su poder cuando pasó a Lima, merecieron competente elaboración, buena copia de antecedentes y redacción fluida. Lo raro es que el obispo y el otro pariente hayan ignorado voluntariamente la "historia" que publicó Lecuanda en el *Mercurio*. Tal vez misterios de las relaciones familiares. Tanto más oscuros si consideramos que la hermosa nota en que la familia pide el traslado del obispo a España en 1796 es —a mi parecer— obra de Lecuanda.

En fin, la "historia natural y moral" de Trujillo tuvo su texto. Parte quedó en borradores que no se han hallado todavía; parte fue oficiosamente publicada en 1792-1794. En rigor, basta con los capítulos conocidos y con las ilustraciones conservadas para reconocer el notable volumen de esta esforzada empresa intelectual.

La obra del obispo consiste en nueve tomos de láminas sin más texto que el de sus índices, y cada tomo contiene entre cien y doscientas láminas (en números redondos). El grueso papel mide 25 x 17 cm., poco más o menos, y la encuadernación original, muy mediocre, es de tafíete sobre madera; tafíete de color habano, en el primer tomo, rojo en los demás. El tomo I dice en el lomo: *Martínez/Compañón/Trujillo/del Perú/I*, y la etiqueta lleva el N° 89. La signatura de la Biblioteca de Palacio (de Madrid), en que se conservan los tomos, es 343 para el primero, y los números subsiguientes hasta el 351

para los ocho restantes. El tomo I, presidido por el escudo real de España y los retratos de Carlos IV y Carlos III, contiene: planos de provincias, pueblos, edificios y detalles de ellos, bóvedas, cerros (minas) y llanuras; retratos o figuras de militares, civiles o eclesiásticos, y estadísticas, censos o padrones de muy diversos hechos o cosas del territorio episcopal. Algunas de estas relaciones están destinadas a revelar el número de iglesias, pueblos nuevos, escuelas, caminos y acequias, etc., realizados por iniciativa del propio obispo; las restantes ilustraciones del lugar son puramente documentales.

El tomo II, también presidido por el escudo y esta vez, con el retrato de María Luisa a pluma, es para nosotros, el más interesante. No es difícil sintetizar su contenido a la luz de una sistemática posterior: éste es el tomo de los *tipos, trajes y costumbres* —incluso las *faenas rurales*— que tal auge alcanzarían durante el siglo XIX. Pero contiene algo más: música, veinte páginas musicales.

Los tomos III al VIII denotan contenido más homogéneo: están dedicados a la fauna y la flora. Y en cuanto al IX y último, después del retrato de Carlos IV, de un mapa de Trujillo y de tal cual detalle o planta de edificios actuales, consagra sus páginas a las "antigüedades" de la región (ruinas, cerámica, etc.) con adelantada visión de arqueólogo. Este parece haber sido realmente el último de los que concluyó el ordenador.

Como se ve, la obra del obispo responde a una concepción de alto porte. En su espíritu hierven las inquietudes del siglo y su enfoque tiene amplio diafragma. Su interés abarca con igual fruición los reinos de la naturaleza y el hacer, el pensar y el sentir de los diversos grupos humanos que pueblan su extensa diócesis. Es metódico, y el tipo de mentalidad que lo anima disuena en su contorno, tropieza con la inercia y le exige —le habrá exigido— todo ese sabio complejo de requisitos y diplomacia mínima que suele confundirse con la indolente paciencia.

La concepción original de su obra consistía —parece evidente— en un relevamiento general de la naturaleza y del hombre de Trujillo, incluso el habitante urbano, incluso la pura geografía y las complicaciones estadísticas. No fue posible, sin duda, con los colaboradores disponibles; era demasiado para él mismo.

El obispado de Trujillo abarcaba entonces doce "provincias", a saber: *Trujillo, Saña, Piura, Jaén, Lanús, Moyobamba, Chachapoyas, Luya, Huambos, Cajamarca, Huamachuco, y Pataz* (ortografía moderna). Pienso que el proyecto máximo del obispo se dividía en una presentación general de la diócesis y, después, en una descripción completa de cada provincia.

(17) Lecuanda, "Descripción geográfica de la ciudad y partido de Trujillo." (*Mercurio peruano*, t. VIII,

p. 58, mayo 1793).

(18) Ulloa, (*Nota ...*), p. 255.

En el tomo I, escudo, retratos y el "mapa topográfico del Obispado de Trujillo", es decir, el escenario general; censo de habitantes de todo el Obispado; censo de iglesias; cómputo de pueblos nuevos, etc.; caminos, etc.; escuelas; padrón de personas confirmadas... Todo esto, referente a la entera extensión de la diócesis. En cuanto a cada provincia, el plan se desprende de sus logros parciales, y podría enunciarse así:

1. Carta topográfica de la provincia
2. Plano de la ciudad o pueblo
3. Planos, vistas de conjunto o detalles de las principales o interesantes construcciones edilicias, o de lugares con minas.
4. Trajes característicos de personas civiles, eclesiásticas y militares
5. Trajes de indios
6. Costumbres. Juegos
7. Faenas rurales
8. Industrias
9. Caza y pesca
10. Danzas y música
11. Notas características.

Si el obispo no pensó sistemáticamente en estas divisiones, es claro que las realizó de hecho mediante un simple relevamiento prolijo. Cerca de dos centenares de dibujos se pueden distribuir en esas once secciones. La realización de su plan "provincia por provincia" *con todos los elementos culturales* debió ser muy difícil. Lo que se logró parece una simplificación: todas las láminas de trajes exóticos, costumbres, faenas, industrias, danzas, música, etc., de las provincias, en un tomo. El proyecto inicial de las doce provincias parece ahora visible en el tomo I solamente, y en cuanto a fechas, en las láminas o cuadros 6, 7, 8 y 9 del tomo I, se lee: "Trujillo (o Truxillo) del Perú" - "Mayo 25 de 1789". Este fue, al parecer, el año en que el obispo resolvió disponer la encuadernación de sus incompletos trabajos en los nueve tomos, pero ni aún así dio por terminada la tarea. Don Jesús Domínguez Bordona, que los examinó con cuidado, no omitió esta sencilla observación: "Hay en todos los volúmenes bastantes folios en blanco" (19). Así es. Estos folios en blanco tienen su interés. Porque importa ver dónde, en qué lugar del tomo se encuentran. Pues bien; los folios blancos están *en cada provincia*, probablemente destinados a esperar y recibir la copia de nuevas ilustraciones que nunca llegaron.

Todo lo consiguió el prelado para su carpeta de Trujillo, asiento episcopal; la carta, el plano de la ciudad, seis plantas y detalles de edificios, una decena de uniformes civiles y militares, una veintena de eclesiásticos; más de treinta láminas, por junto, sin contar la galería de retratos de obispos. Muy poco placer, en cambio, le dio la



"Danza de Pallas".

cosecha en las demás secciones. Eso sí, las cartas topográficas y el plano de la ciudad principal los obtuvo en todas las provincias y es porque consiguió lo más él mismo cuando visitó aquellos lugares. En cuanto a Cajamarca, pudo añadir tres planos y diez láminas de personas; en las demás, uno o dos planos y una sola lámina de trajes. En Jaén y en Huambos no logró nada, es decir, nada más que la carta topográfica y el plano. Pero él confió en sus colaboradores hasta último momento; por eso hizo dejar folios en blanco cuando mandó las carpetas al encuadernador. Y estas páginas en blanco son comunicativas. Ellas documentan la fe del obispo y su tenacidad, en tanto reflejan la negligencia de los colaboradores, más tenaces aún; prueban hasta qué punto vivió enamorado de un plan difícil, y certifican, en fin, que muchas de las grandes realizaciones intelectuales del período de la Enciclopedia se deben a imponentes proyectos iniciales de los cuales fueron magro producto. Muy lejos de abominar de esos desmesurados impulsos, generalmente domiciliarios e incógnitos, corresponde reconocer su valor estimulante y su fecundidad en resultados.

El obispo Martínez Compañón cerró, pues, sus nueve tomos (aún esperanzado en nuevas lámi-

nas) a mediados de 1789, diez años después de su designación para el servicio de la trabajosa diócesis. Él había soñado con presentar al rey Carlos III aquella noble primicia de afán, y acaso esperara algún destino compensatorio por las innumerables obras piadosas que realizó en Trujillo, según las constancias que —de paso— incorporó al tomo I; pero el rey murió el 11 de diciembre de 1788 y el prelado tuvo que pensar, a última hora, en presentar su obra al sucesor. La noticia de la exaltación de Carlos IV (diciembre 14 del mismo año 1788), debió de llegarle ya muy entrado el año siguiente y, poco después, los retratos del rey y de la reina. Lima juró al sucesor en octubre. El diligente obispo manda sacar copia, y el escudo real y la imagen de Carlos IV abren el tomo I, y el mismo escudo y la figura de Marfa Luisa constituyen el pórtico del II. Está adelantado el año 1789 cuando el obispo realiza estos complementos para "actualizar" la obra; añade además en el tomo I cuatro cuadros estadísticos sobre iglesias nuevas, pueblos nuevos o trasladados, con sus feligresías y colegios, caminos y acequias, e indicación de los lugares en que promovió la agricultura, censo de escuelas y padrón de personas confirmadas. Estos folios tienen al pie el siguiente lugar y fecha: "Trujillo (o Truxillo) del Perú y mayo 25 de 1789", como hemos dicho.

El obispo Martínez Compañón partió con sus materiales y sus láminas, rumbo a Colombia, en junio del año 1790. Cuando llegó al puerto de Cartagena (supongo que para descender a Bogotá por el río Magdalena), despachó para España seis cajones de materiales con la carta que hemos visto, y siguió viaje con el cajón de las piezas arqueológicas, sus nueve tomos y los apuntes destinados a nutrir el texto de la obra. En marzo de 1791 llegó a Bogotá y se posesionó de la sede arzobispal. Allí falleció en 1797 —ya lo dijimos—, sin haber recibido del rey las palabras y mercedes que él ambicionaba como recompensa por su generoso y honroso esfuerzo.

Los gruesos tomos de esta rica enciclopedia indiana nunca estuvieron realmente olvidados, o perdidos en anaqueles incógnitos. Apenas encuadradas las láminas, todavía en América, la obra fue consultada y aprovechada, como hemos visto, y luego, ya en la Biblioteca de Palacio, debió merecer, además de las regias miradas, la atención de los estudiosos allegados. Ya en la segunda mitad del siglo XIX los tomos son revisados por el gran americanista español Marcos Jiménez de la Espada, y este examen no carece de consecuencias. Durante su viaje por la zona andina, don Marcos escogió en Quito veinte melodías y mandó que las anotaran. Con ellas formó una colección y, para completarla, quiso publicar conjuntamente —según veremos más adelante— las veinte páginas musicales del obispo. Pero, ya porque la tarea resultó desagradable y pesada al músico que lo asesoraba; ya por el pesimismo del asesor; ya porque realmente faltara tiempo,

como se dijo, se añadieron a su colección, solamente cuatro de las que vio don Marcos en los tomos del obispo: la *tonada* "El Diamante", n° 13; la *tonada* "El Huicho", n° 15; la *tonada* o baile del Chimó, n° 6 y las Lanchas, n° 12. Habló Jiménez de la Espada en la cuarta reunión del Congreso Internacional de Americanistas (Madrid, 1881) y dijo que iba a presentar también al Congreso "una colección de *yaravíes* o tonos o melodías quiteños recogidos a elección mía y por mi encargo en la capital de la República ecuatoriana". "A ellos agrego —dice después— otros aires propios del Perú, criollos en su mayor parte, aunque algunos con nombre indio, copias de las ilustraciones, aún inéditas, a la Historia (cuyo texto se ha perdido) del obispado de Trujillo en el Perú, mandada componer por su erudito y celoso prelado el Sr. D. Baltasar Jaime Martínez Compañón después arzobispo de Santa Fe. No digo más acerca de esta materia —termina don Marcos— porque no paso de ser un mero aficionado al divino arte"⁽²⁰⁾. Este anuncio y la colección de veinticuatro obras, pues, se publicó en los volúmenes titulados *Congreso Internacional de Americanistas, Actas de la Cuarta Sesión*, Madrid, 1883. El músico asesor a que hemos aludido publicó, por su parte, en estas mismas actas, varias páginas sobre la colección de don Marcos y sobre la del obispo⁽²¹⁾.

A raíz de este formal comunicado los círculos de americanistas y de historiadores recibieron entonces más concreta información. Varios autores, entre ellos el chileno José Toribio Medina, escribieron páginas sobre diversos aspectos de la obra episcopal. El mismo don Marcos hizo años después otras anotaciones sobre el contenido de los tomos en las revistas *El Centenario e Historia y Arte*, y publicó dos dibujos, que más tarde reprodujo Luis Ulloa —a quien tomo el dato precedente— en una *Historia Universal*⁽²²⁾. En cuanto a la música, unos cuarenta años después de la comunicación de Jiménez de la Espada, los esposos Raoul d'Harcourt y Marguerite Béclard, ambos americanistas y músicos, tomaron una de las melodías publicadas con las actas del IV Congreso (la *tonada El Diamante*, N° 13) y la incluyeron en su gran libro *La musique des Incas et ses survivances*, París, 1925⁽²³⁾.

Los tomos del obispo fueron exhibidos durante la exposición que la Sociedad Española de Amigos del Arte organizó a mediados de 1930 en Madrid. José Gabriel Navarro, miembro de la Comisión, llama en el catálogo muy especialmente la atención sobre estos volúmenes "que forman —dice— completa colección de todos los tipos, españoles e indígenas, profesiones, juegos

(20) Jiménez de la Espada, "Colección...", p. 162-163.

(21) J. Y., [Prólogo-sin título a la colección de yaravíes quiteños] p. III - VIII.

(22) Ulloa, [Nota . . .] p. 255.

(23) Cfr. p. 465 y ej. N° 155.

(entre ellos el "hockey"), ocupaciones y oficios, y fiestas, así como de animales y flora, completados con planos de edificios e interesantes mapas, etc., de toda aquella importante región".... Añade que los dibujos acuarelados denotan una "ingenuidad adorable" y publica tres planos de edificios y once dibujos sobre costumbres(24). Poco después, el entonces director de la Biblioteca de Palacio don Jesús Domínguez Bordona, dedica en el tomo IX del Catálogo (Madrid, 1935), sección *Manuscritos de América*, una breve descripción de la Obra del Obispo, anticipo de la publicación que entregará al año siguiente. En seguida comentaremos esta publicación.

En el *Journal de la Société des Américanistes* (n.s., t. XXVII, París, 1935), el profesor de la Universidad de Madrid don Manuel Ballesteros Gaibrois dedica una treintena de páginas a los tomos del obispo Compañón, cuya obra considera preciso destacar —dice— "entre las múltiples maravillas bibliográficas" de la Biblioteca de Palacio(25). Ballesteros se propone "dar en lo posible una exacta idea de lo que esta obra excepcional y única contiene"(26); pero no copiando índices, sino ordenando su contenido por materias, excepto todo lo referente a la fauna y a la flora. Da algunos datos biográficos del obispo, "hombre de un talento notable y de singulares dotes de gobierno" y al cabo de breves notas sobre circunstancias conexas, Ballesteros aborda su "Catálogo" por materias y lo favorece con muchos párrafos aclaratorios al pie. Las indicaciones del Catálogo sobre cada lámina nos dan el título, el tomo y el folio del original, pero he aquí que al llegar a la sección "Música", Ballesteros reproduce, además del título de la composición musical, la letra correspondiente. Así tenemos la primera publicación de los textos que anotó el obispo. Con el Catálogo termina el trabajo de Ballesteros. Las notas al pie añaden justos elogios al cuidado del obispo y el cierre está a cargo de dos láminas que reúnen ocho dibujos de aves, plantas y enterramientos.

Hemos dicho que don Luis Ulloa escribió páginas históricas sobre América en una *Historia Universal* y reprodujo las dos láminas del obispo que publicó Jiménez de la Espada. Una mención de Ballesteros Gaibrois a este trabajo, dio pie a Ulloa para una rectificación que vio la luz en el *Journal de la Société des Américanistes* (n.s., t. XXVIII, París, 1935, pp. 253-256). Atento a lo suyo, este autor da varios antecedentes históricos referentes a la obra del prelado, y yo he aprovechado algunos aquí, como digo en cada caso. Es él quien nos informa que el arqueólogo peruano Dr. Julio A. Tello poseía copias fotográficas de gran parte de las láminas episcopales



"Danza de Carnestolendas".

y que publicó varias en diarios y revistas: doce, una vez, en *La Prensa* de Lima del 1° de marzo de 1935, con motivo del cuarto centenario de Trujillo(27).

Hemos anticipado que don Jesús Domínguez Bordona, director entonces de la Biblioteca de Palacio, publicó en Madrid en 1936 páginas referentes a la obra del obispo Martínez Compañón. Se trata de un trabajo muy importante. Consiste en un folleto-prólogo de 22 páginas y una carpeta con 208 dibujos distribuidos en 104 láminas bajo el título común de *Trujillo del Perú a fines del siglo XVIII*.

Nos da el folleto una documentada biografía del obispo —algunos de cuyos datos he reproducido aquí—, una reseña de comentarios sobre los manuscritos, una descripción de los volúmenes y un índice completo de las ilustraciones. Domínguez Bordona elogia al obispo con medida y justicia: "Su visita a la primera de dichas diócesis —escribe, refiriéndose a la de Trujillo— merece, en efecto, por sus esfuerzos y resultados, ser incorporada a la serie de grandes exploraciones coloniales que tan elocuentemente hablan del rena-

(24) El mencionado Catálogo de la Exposición no ha podido ser consultado por los revisores.

(25) Ballesteros Gaibrois, "Un manuscrito...", p. 145.

(26) *Ibid.*, p. 146.

(27) Al hablar de Tello, dice Ulloa con respecto a la tenencia de las láminas: "Il avait, je crois...". [Nota. . .], p. 255.

cimiento científico español durante el siglo XVIII. "El prólogo y la carpeta de Domínguez Bordona dan, por vez primera, noción cabal de lo que es "la historia" del obispo. Puede asegurarse que la vitaliza. El cuidado de elegir y reproducir más de doscientos dibujos lanza a los cuatro vientos antiguos secretos de los tomos coloniales, y al celebrar el esfuerzo y deplorar lo que falta, puede sorprendernos el hecho de que no aparezca en la carpeta ni una sola de las veinte melodías.

El historiador argentino José Torre Revello firma un folleto (*Biblioteca de Palacio en Madrid*, Facultad de Filosofía y Letras, publicaciones del Instituto de investigaciones históricas, N° LXXXIII, Buenos Aires, 1942) en que examina las diversas secciones de dicha biblioteca y da una bibliografía referente a sus fondos con un índice de documentos interesantes para nuestra historia. Brevemente se refiere en el texto al código del obispo, pero en nota al pie detalla las piezas y describe su contenido. En cuanto al tomo II señala que "contiene 18 folios con composiciones musicales bailables, con letra" (28). En fin, recuerda los escritos que se han dedicado al pontífice y a su obra.

La valiosa contribución de don Jesús Domínguez Bordona mereció las correspondientes notas periódicas y el comentario de los investigadores. En el Perú se produjo la resonancia explicable. La revista "3", N° 5, junio de 1940, Lima, dedicó su suplemento de dieciséis páginas llamado *Cuadernos de Cocodrilo*, a connotar la obra del obispo. La nota se titula *Coreografía Colonial/ Acuarelas mandadas hacer por D. Baltasar Jaime Martínez Compañón y Bujanda / Siglo XVIII*. Se reproducen en este suplemento ocho láminas o partes de lámina. Al final, el folklorista peruano A. J. B. (Arturo Jiménez Borja) reduce a un párrafo la biografía y la descripción que publicó Domínguez Bordona y dedica varias páginas a sopesar y documentar la supervivencia de las danzas que hizo dibujar el

obispo: "Muchas de estas danzas perduran, habiendo salvado sus nombres propios y movimientos más importantes; otras aparecen sumamente deterioradas e irreconocibles y por último las hay que han desaparecido". Un folleto del mismo autor (*Máscaras de Baile*, Lima, 1947) trae una rápida mención de las ilustraciones de Trujillo.

Varias veces retomó después Jiménez Borja el tema de las danzas peruanas y en todas recordó y utilizó los aportes del pontífice español. En un extenso trabajo titulado *Coreografía Colonial*, que publicó en los números 7 y 8 de la revista *Mar del Sur* (1949), Jiménez Borja relaciona de nuevo las danzas folklóricas peruanas actuales con las del obispo y con las de otros autores; en su libro *Instrumentos musicales del Perú*, Lima, 1951, se refiere una vez más el citado autor a las acuarelas del obispo y reproduce dos de ellas entre muchas otras de distinta procedencia; en la *Revista del Museo Nacional*, tomo XXIV, Lima, 1955, Jiménez Borja insiste en esos importantes vínculos de la moderna expresión folklórica con los documentos antiguos, recuerda —entre otros autores— a nuestro obispo, y reproduce una acuarela no sin la compañía de figuras de cerámica y fotografías rurales; en amplia nota ilustrada —*Taqi, pequeña historia de la danza popular peruana*—, que aparece en la revista *Cultura Peruana* N° 90, diciembre de 1955, vuelve al asunto, cita otra vez al prelado, refirma que las danzas de animales, motivo de las viejas acuarelas, viven hasta hoy, y publica una de las láminas episcopales. Aún cuando Jiménez Borja no menciona a Jesús Domínguez Bordona, su fuente es siempre la obra del español, en cuanto al obispo.

En 1957 trabajé durante siete meses en varios países de Europa con los auspicios de la UNESCO y dediqué dos a las bibliotecas de Madrid. Allí pude examinar los tomos del obispo y estas páginas son producto de aquel estudio y de posterior atención al tema.

Mag. Cachaia Ladgedida de quimachuco

E. 191.

Violin

Voz

Cello

De bien se de vo de set.

de dia man le ode vi bi, ca y me te me la muer te e no ap muer te ta mi e no ap muer te pa ta mi

blan sonada el supamare de gasa man.

Violin

Voz

Cello

De es bales don de tu be inco

ue re tu da ma da. Sin tien do yo tu be ni da, con ju se de tu he so da